

gico complete la visión tertuliana de la vida y la muerte. Quizás en ese estudio sea interesante hacer notar también si su visión de la muerte ha sufrido algún cambio con su paso al montanismo.

LUCAS F. MATEO-SECO

Luigi PADOVESE, *La Cristologia di Aurelio Clemente Prudenzio*, Roma, Università Gregoriana Editrice («Analecta Gregoriana», vol. 219, Sectio B, n. 71), 1980, 238 pp., 16 × 23,5.

Justamente hace notar el autor que los estudios teológicos en torno a Prudencio son llamativamente escasos frente a la abundante producción bibliográfica existente en torno a los aspectos literarios e históricos del insigne poeta cristiano. Este desequilibrio es tanto más notable cuanto que en Prudencio el arte está conscientemente al servicio del canto a la fe y al servicio de la comunidad cristiana.

En el desarrollo del trabajo se ha seguido un criterio analítico y temático. El autor divide su trabajo en los siguientes capítulos: Cristo, Hijo de Dios; El Verbo y el Espíritu Santo; El Verbo en el Antiguo Testamento; La Humanidad de Cristo; El bifisismo de Prudencio; Encarnación y nacimiento de Cristo; La vida pública de Cristo; El descenso de Cristo a los infiernos; La segunda venida de Cristo. Los temas elegidos son, pues, un número importante de los contemplados por la dogmática clásica. En torno a estos puntos, el autor cita exhaustivamente todas las afirmaciones que se encuentran en la obra de Prudencio.

La característica más notable de este trabajo, que en su día fue presentado como tesis doctoral, estriba en la lectura atenta y paciente de toda la obra del poeta hispano y en la presentación ordenada de las afirmaciones de Prudencio en torno a los temas de cristología. Precisamente la abundancia de citas —el autor apoya a pie de página cada una de sus frases— dan al lector la posibilidad de comprobar fácilmente la correspondencia entre Prudencio y la imagen que presenta Padovese. Y, sobre todo, ponen de relieve, en forma gráfica, la importancia que se concede a la Persona del Redentor en las poesías de Aurelio Clemente.

Con no excesiva frecuencia, el autor muestra los antecedentes de las posiciones teológicas de Prudencio, sobre todo, su dependencia de autores como Ireneo, Ambrosio, Tertuliano, Cipriano, y, en general, lo que denomina teología asiática. Las citas son certeras, y se intuye a través de ellas que es mucho lo que Prudencio debe a la tradición anterior. Se entiende mejor la proporción de alguna de sus afirmaciones. Y se echa de menos un estudio de conjunto sobre la teología contemporánea a Prudencio, en especial, sobre los textos del Magisterio, dado el explícito propósito de fidelidad a este Magisterio por parte de Prudencio. Tras este libro de Padovese, ambos estudios son ahora más asequibles. En efecto, la presentación global del pensamiento cristológico de Prudencio hace más fácil una profundización y un encuadre más detenido de su teología en el contexto teológico de su época.

La elección temática es, en cierto sentido, oportuna, pues contiene temas claves en la cristología del siglo IV/V. La forma en que se ha seguido este esquema y la misma sobriedad de la poesía prudenciana dan como resultado que numerosas páginas del trabajo que venimos comentando aparezcan excesivamente rígidas, más como elenco de citas, como índice temático, que como estudio teológico. A ello contribuye además el que los textos de las obras antiheréticas hayan sido citados mezclados con los himnos o las otras poesías. Una descripción de las herejías en torno a Cristo tal y como las comprende y ataca Prudencio hubieran dado al lector una mayor perspectiva, y al trabajo una mayor fluidez. Y esto viene potenciado por el rechazo que el Autor hace con toda justicia de la hipótesis de H. Leclercq (p. 16). Al dar mayor importancia a los escritos antiheréticos de Prudencio, lo lógico hubiera sido otorgarles un tratamiento diferencial.

El lector se encuentra ante un trabajo concienzudo y honesto sobre un tema importante y sobre el que no se ha escrito suficientemente. Interesante también la bibliografía y los cuidados índices que aduce. Evidentemente, en una obra de esta envergadura, siempre pueden señalarse matices que, según el gusto del lector, podrían haberse expresado de otra forma. Señalemos dos ejemplos.

Al tratar la virginidad de Santa María, comenta: «Così precisa que la pubertà della Vergine é segnata dalla gravidanza ed essa ne avvertì il peso matura per fastidia» (p. 137). El autor se apoya en uno de los más conocidos versos de Prudencio, de exquisita ternura y que evocan el final de la égloga IV de Virgilio. Dice así el texto: «Sentisne, virgo nobilis, / matura per fastidia / pudoris infactum decus / honore partus crescere?» (C. 53-56). En forma bellísima Prudencio contempla a la Virgen, madura ya por los nueve meses de gravidez, creciendo en el honor de su virginidad precisamente a través del parto. La interrogación con que la interpela —sentisne?— es figura literaria y no indica que Prudencio plantee la cuestión de si la Virgen siente o no siente crecer la virginidad con el honor del parto.

Algo parecido puede decirse del comentario de Padovese a la interpretación prudenciana de la negación de Pedro, concretamente, del contenido de los versos 57-60 del C. 1: «Flevit negator denique / ex ore prolapsum nefas / cum mens maneret innocens / animusque servaret fidem». «Per usare un'espressione tecnica —comenta Padovese— potremmo dire che il peccato dell'apostolo fu *materiale*, non *formale*» (p. 182). Y en prueba de este aserto, aduce el contexto y numerosas citas de Padres que intentan restar gravedad al pecado del Apóstol. Podría haber considerado este problema también desde otro ángulo que, al menos, dejaría esta primera interpretación como dudosa. El problema está en cómo se ha de entender que la «mente» permanece «inocente» y el «ánimo guarda la fe» mientras la boca pronuncia la infamia. En los versos anteriores Prudencio habla de que existe un verdadero pecado —«fit namque peccatum prius» (v. 53), «finemque peccandi ferat» (v. 56)—, y existen también otros textos de Padres a cuya luz los versos de Prudencio adquieren una nueva perspectiva. «In illa negatione —comenta San Agustín— intus veritatem tenebat, et foris mendacium proferebat» (*Contra mendacium*, 13 PL 40, 526), de

donde se deduce que el significado de «mens innocens» puede entenderse a la luz del verso siguiente: el ánimo guardó fe. Es decir, el pecado de Pedro fue una negación, una cobardía, una mentira, pero internamente seguía creyendo. En apoyo de esta exégesis está también San Ambrosio.

Como he señalado, se trata de matices totalmente opinables y que el lector detecta fácilmente dadas las constantes citas de Prudencio que aduce Padovese. De pensarse en posteriores ediciones pediríamos al Autor que en los textos citados de Prudencio se anote la conveniente separación de versos.

LUCAS F. MATEO-SECO

J. N. D. KELLY, *Primitivos Credos Cristianos*, traducción de Severiano TALAVERO TOVAR, del original inglés, Salamanca, Ed. Secretariado Trinitario, 1980, 527 pp., 14 × 21.

Durante lo que va del presente siglo se vienen multiplicando en no pequeño número los trabajos científicos sobre el Símbolo de la fe cristiana. Ello señala el interés, cada vez mayor, que muestran los investigadores a esta especialidad de la teología. Precisamente, el prof. Kelly es uno de los estudiosos que más trabajos ha presentado al respecto, y el libro que en estas líneas presentamos es, sin duda, una de sus mejores contribuciones a la teología del cristianismo primitivo. Se trata de la recopilación sistematizada de todas aquellas autorizadas opiniones, y diseminadas en las más distintas publicaciones, sobre el origen, contenido, transmisión e influencia doctrinal de los «credos», que la Iglesia primitiva ha promulgado, como exponentes de su identidad.

El volumen se articula en trece capítulos bien definidos y elaborados metodológicamente, según la concepción cronológica. La primera división que el autor hace, se detiene en presentar, con un minucioso examen de textos, los primeros credos o fragmentos de credos neotestamentarios. El profesor anglicano Kelly escribe que «ni una probabilidad general, ni la evidencia de los documentos da pie alguno para suponer que en los tiempos del Nuevo Testamento existieran credos estereotipados, de texto intocable, tales como fueron corrientes después» (p. 21). Sin embargo, el autor no participa totalmente de la teoría de Harnack, y otros, que, como es sabido, propugnan la tesis de que «credos», en el sentido propio del término, no aparecieron hasta mediados del siglo II después de Cristo. Kelly prueba con argumentos sólidos el hecho de que la Iglesia, durante la época apostólica, tuvo un «credo», en el sentido amplio del término, es decir, un cuerpo doctrinal reconocido. Así lo manifiestan —dirá el antiguo profesor de Oxford— los distintos fragmentos de fórmulas de fe neotestamentarias.

*Credos y bautismo*, que es el título del capítulo segundo, se detiene a examinar las diversas ocasiones y circunstancias eclesiales que contribuyeron a expresar los principales artículos de la fe cristiana. La finalidad presente del autor es determinar, pues, el ambiente que dio origen a las